

dad. Hipócrates y Aristóteles tienen interesantes observaciones al respecto y Aristófanes, según lo recuerda oportunamente Gómez de Baquero al tratar de estas cuestiones, refiere en el diálogo de *El banquete o del amor*, que en otros tiempos la humanidad conoció otros tipos de hombres que los actuales. Así al lado de los varones y de las hembras, existía un tercer tipo, mixto de varón y hembra, los andróginos. Pues bien, Marañón afirma que "los dos sexos, la masculinidad y la feminidad, no son dos entidades que se oponen punto por punto; hay ciertos momentos de su evolución ontogénica y filogénica en que esta oposición absoluta tiene una apariencia de realidad; pero fuera de esos momentos, la masculinidad y la feminidad se van acercando y acaban por confundirse". Afirmación acaso demasiado enfática, pero que se apoya en numerosos datos de la biología.

La concepción más original de Marañón en este magnífico estudio es quizás aquella que sitúa a la mujer, como un elemento de la sexualidad, en un estadio intermedio entre el niño y el hombre. Según el joven sabio español, en la evolución de la sexualidad pueden apreciarse tres etapas distintas: la del adolescente, la de la mujer y como estadio final, la del hombre. Discute esta teoría a la luz de la morfología y fisiología de estos distintos períodos y del estudio de la psicología de cada uno de los tipos mencionados. Es así como, para Marañón, la crisis sexual que se presenta en el período de la pubertad, marca una tendencia feminoide, en tanto que la crisis climatérica, es decir de aquella edad llamada crítica en la mujer, representa una tendencia viriloide, como una aspiración de la sexualidad hacia su etapa más perfeccionada. Del mismo orden serían los fenómenos de la evolución psicológica, y en este sentido la libido de la mujer no sería sino un estado evolucionado de la libido del adolescente, a la que estaría más próxima que a la del hombre. Es por eso que mientras la libido mascu-

lina es activa y bien diferenciada, la de la mujer es, en cambio como la del niño, esencialmente pasiva y de menor diferenciación. Estas conclusiones y las disquisiciones analíticas con que las fundamenta sean acaso demasiado sutiles y susceptibles de una amplia crítica, pero por lo mismo es innegable que representan jalones puestos para la explicación de una serie de fenómenos hoy todavía no resueltos.

Así, por ejemplo, en el estudio de la homosexualidad, al que Marañón consagra numerosas páginas, pretende que la "sexualidad de los invertidos no se parece tanto a la sexualidad femenina, como a esta sexualidad infantil, con su tendencia polimorfa y su indeterminación de objeto", discutiendo y rectificando en este punto la opinión de Freud que afirma que el homosexual "busca en el fondo a la mujer", cuando solicita a los pederastas por sus maneras femeninas o se ofrece fingiendo aspecto de mujer. Según Marañón, debiera decirse más bien que el objeto de la libido homosexual es el adolescente.

A lo largo de este estudio, el autor tiene naturalmente ocasiones para exponer una serie de datos interesantes, muchos de ellos originales, sobre las distintas glándulas inductoras que comandan el desarrollo de sexualidad, ya sean aquellas denominadas gónadas o genitales,—testículo y ovario—, o aquellas que de modo menos directo intervienen en el mismo, como la hipófisis, cápsulas suprarrenales, timo, tiroides, etc.

Se completa el libro, sugestivo en alto grado en el terreno científico, con numerosas observaciones y conclusiones, de carácter digamos sociológico. Es, quizás, a nuestro juicio y desde nuestros puntos de vista, el lado débil de tan original contribución. Marañón, como todo intelectual que trata de conciliar el materialismo de la ciencia con el idealismo de sus concepciones sociales, tiene que incurrir forzosamente en contradicciones y a veces, sin quererlo, llegar a conclusiones que desde un punto de vista lógico, apa-